

De libros y bibliotecas: los lazos perdurables

Publicado en Ñ, 21/04/07

Maristella Svampa

En aquel lugar del norte de la Patagonia en donde me crié difícilmente la gente podía figurarse el mundo bajo la forma de una biblioteca. No sólo sucede que no nací en un hogar que estuviera rodeado de libros sino que en mi propio pueblo tampoco había librerías que se dedicaran a otra cosa que a la venta de útiles escolares. Tal vez por ello, antes que recordar cuál fue el primer libro que compré “con el sudor de mi frente”, esta evocación no puede menos que comenzar con la dificultad endógena por construir otras referencias que no fueran el viento, las acequias y los álamos, en fin, el horizonte de la meseta desértica y polvorienta.

Los libros recién comenzaron a poblar mi universo hacia los 12 años, cuando mi madre –italiana ella- encontró la forma de eludir el aburrimiento patagónico a través de la lectura compulsiva de novelas rosas. Para ese entonces yo ya había comenzado la escuela secundaria y sucedía que la única biblioteca popular del pueblo quedaba exactamente a la vuelta. Así, dos veces por semana, al salir de la escuela yo me encerraba en la biblioteca, revisando anaqueles y fichas. Al poco tiempo, dejé de llevarle a mi madre las novelas de Corín Tellado y comencé a seleccionar sus lecturas. A decir verdad, tuve suerte, pues en segundo año del secundario conocí una profesora de literatura que se dedicaba a leernos los cuentos de Cortázar. Ella me abrió el camino a los escritores del boom latinoamericano, cuyos ejemplares maltratados inundaron mi casa, ocultándome para siempre aquel horizonte poblado de acequias y de álamos.

Más tarde empecé a estudiar Letras en la Universidad Nacional del Comahue. Fue ahí que compré mis primeros libros. Recuerdo que solía estar horas, husmeando libros, en cuclillas, en el primer piso de la desaparecida *Siringa*, en pleno centro de Neuquén. Fue también en ese entonces que recibí los dos regalos que conmovieron mi existencia todavía adolescente: la obra completa de Borges y una máquina de escribir Olivetti, lettera 32. En rigor, el de Borges no eran sus obras completas, pues él todavía estaba en vida. Era una edición de tapas duras, forradas en papel verde, con la efigie de Borges; un libro que me acompañaría durante más de veinte años de vida nómada.

Un año después abandoné la carrera de Letras y me fui a estudiar filosofía a la Universidad Nacional de Córdoba. En ese nuevo territorio donde abundaban los libros prohibidos, en medio de una retórica marcial y neotomista, uno de los máximos

placeres de estudiante era salir "a mirar libros" –no a comprar, pues los precios ya se habían vuelto inalcanzables-.

Viví varios años en París, donde hice estudios de posgrado en filosofía y en sociología. Allí, entre mi condición de estudiante pobre y el desfase monetario, me estaba completamente vedada la compra de un libro nuevo. Pero, junto con otros amigos, logré convertirme en una experta descubridora de libros "de ocasión". Fue en una de esas librerías de la rue Dante, cuando un amigo peruano comentó que estando en Lima, había visto a Vargas Llosa en una librería. Mientras caminaba despaciosamente, Vargas Llosa extendía el brazo e iba señalando los libros que quería comprar, sin preguntar los precios. Se llevó cerca de una docena de libros y pagó sin chistar la cifra astronómica que le pasaron. En ese momento, ambos nos comprometimos –diferencias ideológicas aparte- a hacer alguna vez en la vida lo que denominamos "la gran Vargas Llosa".

Durante aquellos años europeos, todas las Navidades viajaba a un pequeño pueblo de la Toscana, donde vivían mis tíos. Esos viajes fueron la oportunidad de tomar contacto directo con la literatura italiana. Allí me di el gusto de comprar las ediciones económicas de Calvino, Malaparte, Ungaretti, Sciascia y Primo Levi, que temporariamente irían a parar al norte de la Patagonia, alimentando las lecturas voraces de mi madre.

Finalmente, la primera vez que cobré una cifra decorosa en conceptos de derechos de autor, me propuse hacer "la gran Vargas Llosa". Entré gallardamente a una conocida librería del centro porteño, llamé a un empleado y lo insté a acompañarme, mientras señalaba los libros que iba a llevarme, sin consultar los precios. En eso estaba, cuando me descubrió Horacio González, quien me saludó mientras exclamaba "¡Cuántos libros!". Con una sonrisa ambigua, le conté que acababa de cobrar mis derechos de autor. Cuando llegué a la caja, el empleado me pasó una cifra altísima, que duplicaba el dinero que yo llevaba encima...

Desde entonces, cada vez que cobro los derechos de autor, salgo a recorrer las librerías del centro porteño, aunque siempre tomo el recaudo de consultar los precios, al tiempo que busco llevar a cabo mi pequeño "potlach" de manera más discreta...Y hasta el día de hoy, cuando visito mi pueblo natal, luego del primer saludo, mi madre me pregunta con ansiedad qué novelas le traje para leer. Jamás se me ocurriría llegar con las manos vacías.